

# La fuerza del destino

*Marco Vichi*

Traducción de Patricia Orts



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2012

Título original: *La forza del destino*

© Marco Vichi, 2011

© por la traducción, Patricia Orts, 2011

*All rights reserved*

Primera edición en esta colección: febrero 2012

© Antonio Vallardi Editore, Milano

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore

Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

DEPÓSITO LEGAL: B. 42.498-2011

ISBN: 978-84-15355-35-9

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Fotocomposición:

Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)

[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

*Printed in Italy* – Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*El amor afligido enseña a no amar.*

ANÓNIMO DEL DISTRITO XVIII DE PARÍS

*No preguntar jamás el camino a quien lo conoce,  
de otra forma nunca podrás perderte.*

RABBI NAHMAN DE BRATISLAVA



*La Nazione*, lunes 20 de febrero de 1967.  
Tercera página

Las colinas del horror  
SUICIDIO EN EL BOSQUE

*Un carnicero florentino de 44 años  
se dispara en la boca en el bosque de Cintoia Alta  
Su mujer y su hija destrozadas por el dolor*

Ayer por la mañana Livio Panerai, carnicero de cuarenta y cuatro años, se suicidó con un tiro de fusil en la boca en las proximidades de la abadía de Monte Scalari. Faltaban unos minutos para las siete cuando un cazador se encontró con el cuerpo sin vida del carnicero con la escopeta de dos cañones todavía entre las manos. La señora Cesira Batacchi, casada con Panerai desde hace diecinueve años, no se explica el gesto extremo de su marido que, al igual que todos los domingos, había salido antes del amanecer para cazar en las colinas de Cintoia. Livio Panerai no tenía ninguna preocupación. Era un gran trabajador, una persona siempre alegre y estimada por sus clientes. No había sombras en su vida. Los habitantes de La Panca hablan de las «colinas del horror». Este lugar no sólo fue escenario de los atroces estragos nazis que tuvieron lugar en Pian d'Albero y en las zonas circunstantes, sino que, por lo visto, el horror continúa: el carnicero suicida fue hallado no muy lejos del lugar en donde, hace unos meses, se en-

contró el cadáver de Giacomo Pellissari, el niño violado y asesinado cuyo homicida jamás ha sido descubierto. El cuerpo de Panerai se ha trasladado a la capilla del hospital de...

Bordelli cerró el periódico y lo arrojó sobre la mesa. Inmóvil, miró fijamente al vacío con aire pensativo. De un rincón del techo pendía una tupida tela de araña y, a un lado, una araña enorme y peluda esperaba a que una víctima cayese en su trampa. El obsesivo *tictac* del reloj de pared no bastaba para vencer el silencio, pero se introducía en los pensamientos como un gusano en una manzana. En ciertas ocasiones la vida era extraña. Lo sorprendía a uno cuando menos se lo esperaba. El carnicero suicida. Sólo él y Piras sabían qué tipo de bestia era Livio Panerai. Un fascista nostálgico, un pederasta, un asesino...

Se alzó exhalando un suspiro. Arrancó la tercera página de *La Nazione*, la arrugó presionándola con las manos hasta que formó una pelota y la arrojó entre los morillos. Otras páginas fueron a parar al mismo sitio, artículos sobre las consecuencias de la inundación, sobre los daños incalculables que ésta había causado a las obras de arte, sobre la desesperación de los que lo habían perdido todo, sobre las familias que seguían refugiadas en viviendas improvisadas, además de ciertas polémicas y accidentes, las películas del día, los programas televisivos, el Fiorentina que había perdido en casa, anuncios de licores y remedios contra el dolor de cabeza...

Puso una fajina sobre las bolas de papel, luego unos troncos más grandes, alguna que otra piña con las escamas abiertas, y, en lo alto, dos ramas de encina. Encendió una cerilla y prendió el papel en varios puntos, acto seguido se dejó caer sobre una de las bancas de ladrillo que había a ambos lados de la enorme chimenea, justo bajo la gran campana con las piedras ennegrecidas, en las que los campesinos se sentaban durante los meses más fríos.

Fuera era ya de noche. Vivía en esa vieja granja desde hacía poco más de un mes y encender el fuego se había convertido ya en una agradable costumbre. Después de habérselo pensado durante

años, al final lo había logrado. Había conseguido vender el piso de la calle del Leone y había comprado una casa en el campo, en el municipio de Impruneta. Se trataba de una casa solariega grande, de dos pisos, emplazada a varios kilómetros del pueblo y próxima a una calle sin pavimentar llena de baches y piedras, por la que no transitaba nadie. Un lugar aislado y salvaje... *Hic sunt leones.*

Sacaba el agua del pozo con una bomba de presión, a modo de calefacción tenía una estufa de hierro fundido en el primer piso y la chimenea, y para la conexión de la línea del teléfono había tenido que esperar casi tres semanas. Pero cada día que pasaba estaba más convencido de su elección. Ahora que ya no tenía que echar el anzuelo a asesinos no le faltaba tiempo libre. Había comprado también muchos libros y, en ocasiones, se pasaba toda la tarde leyendo, sentado en el sillón que había delante del fuego. La ciudad estaba más lejos que la luna, si bien para llegar a ella bastaba, más o menos, un cuarto de hora en coche. Cuando pensaba en Florencia se imaginaba, invariablemente, las mismas cosas: la suciedad y la densa raya de gasolina que seguía incrustada en las fachadas de las iglesias y de los edificios, el barro que seguía inundando las bodegas, las tiendas destrozadas, los talleres que aún no habían podido abrir sus puertas, el hedor a gases de escape... Pero también los jóvenes que corrían como el rayo sobre sus vespas y sus lambrettas, y las chicas que, en los meses calurosos, llevaban unas minifaldas cortísimas que causaban el mismo efecto que un puñetazo en la cabeza.

Mientras preparaba las cajas y las bolsas para la mudanza había encontrado un sinfín de cosas que no había vuelto a ver durante varios años, o que incluso había olvidado que tenía. Paquetes de fotografías familiares, viejas cartas, dos pistolas de tiempos de la guerra, los puñales del San Marco, todavía manchados de sangre, las insignias nazis que habían arrancado a los uniformes de los cadáveres... Había hallado incluso la esquirra del torpedo que le había rozado la sien cuando había embarcado en el submarino, con un alga seca atrapada entre las ondulaciones del

metal. La había metido en el cajón de la mesita de noche para no volver a perderla.

Encendió el quinto cigarrillo del día y se quedó mirando la llama que devoraba el papel, la fajina, las ramas, las piñas, y que después abrazaba los troncos con sus lenguas rojas y doradas. De vez en cuando se oía una crepitación y un enjambre de chispas ascendía y desaparecía en la oscuridad de la campana.

Pero eso no era todo, le gustaba levantarse por la mañana y encontrar el pan y *La Nazione* colgados bajo el alero en el interior de una bolsa de plástico. En el campo era algo normal, bastaba ponerse de acuerdo con el panadero quien, por gentileza, le llevaba también el periódico. El diario era indispensable para encender el fuego.

Una vez a la semana pasaba el vendedor ambulante que, ahora, en lugar de la bicicleta, se desplazaba en un fiat giardinetta con el maletero lleno de todo tipo de cosas. No siempre lograba vender o intercambiar su mercancía, pero sabía reparar los paraguas y las persianas que no cerraban bien o afilar los cuchillos y las hojas de las picadoras de forraje, y aceptaba de buena gana un vaso de vino y un poco de conversación; de hecho, llevaba de una casa a otra noticias frescas que, incluso, adornaba con sumo placer.

Había hecho bien en comprar esa casa. En el precio iba incluida también una hectárea de terreno sin cultivar con un centenar de olivos abandonados. La posición era magnífica, *toda a solana y nada a oscurana*, como decían los campesinos de la zona. La vista se perdía a lo lejos, abrazando al fondo un cuadro de Leonardo. Hileras de cipreses, viñedos, olivos, extensiones de tierra rojiza, suaves colinas con las cimas cubiertas de bosques negros que, al atardecer, se teñían de morado, como en ciertos cuadros del siglo XIX. Y pensar que, al final, le habían sobrado varios millones. Después de la inundación las viviendas a partir del tercer piso se habían encarecido mucho. En cambio, nadie quería irse a vivir al campo. El campo era el horror. No sólo para los hijos de los campesinos, que huían a la ciudad tras un sueño que los atraía como una her-



mosa ramera; también los amos querían deshacerse de esos edificios que estaban medio en ruinas y que, por ello, habían perdido todo su valor. Vendían a toda prisa, sin dar mucha importancia al precio. El propietario que le había vendido la casa, un hombre de unos sesenta años que daba la impresión de no haber trabajado en su vida, ni siquiera se había preocupado de llevarse los enseres. Lo había dejado todo, los grandes armarios antiguos, las cómodas de cerezo, las camas de hierro forjado, las estufas de terracota, una artesa que olía a madera y a harina, mesas, sillas, aparadores tallados e incluso dos tablas desconchadas y pintadas al óleo del siglo XVI o XVII, de carácter religioso. Carecían por completo de valor, faltaría más, pero aun así eran bastante agradables a la vista. Las había colgado en su dormitorio y, por la noche, antes de apagar la luz, las observaba a veces durante unos minutos intentando comprender en qué maestros se podía haber inspirado el ingenuo pintor que las había realizado.

Por la noche el silencio era absoluto, sólo lo interrumpía la voz de algún animal, el ruido sordo de una piara de jabalíes que corría entre los olivos o la explosión de las ascuas en el piso de abajo. Se había enamorado de esa casa a primera vista, como le sucedía a veces con algunas mujeres que veía pasar por la calle. Se sentía a sus anchas entre esas paredes torcidas, sobre esos suelos de terracota medio combados. Después de haber vivido durante años en un piso, ahora le gustaba verse obligado a subir una escalera y caminar para ir de la cocina al dormitorio. En el campo tenía la impresión de ser más joven, salvo cuando se miraba al espejo.

Una pequeña puerta que se encontraba en la planta baja daba acceso a la parte más rural del edificio. Una auténtica bodega con un arco de ladrillos, un establo que todavía apestaba a animales, y unas jaulas viejas para conejos fabricadas a la buena de Dios por algún campesino. Había incluso una vieja prensa con una gran rueda de granito y el palo para atar el asno donde, por el momento, guardaba los montones de leña para quemar. A lo mejor un día arreglaría esas habitaciones y la casa sería aún más

grande. Hasta podría vivir con una mujer y no verla en todo el día. Sonrió, pero con amargura. Cuando pensaba en una mujer seguía recordando a Eleonora...

Oyó a lo lejos el motor de un coche que se acercaba y miró el reloj colgado de la pared. Las siete y media. «Tan puntual como siempre», pensó. Tiró la colilla al fuego, se levantó con calma y puso una cacerola al fuego sobre el fogón más grande. Echó un vistazo por la ventana de la cocina. Un farol oxidado que pendía del muro aclaraba apenas la era y, en la oscuridad, se divisaban las cimas de los cipreses sacudidos por el viento. El coche se detuvo delante de la casa, los faros se apagaron y se oyó un portazo. Una sombra se aproximó a la puerta y Bordelli fue a abrir.

–Buenas noches, comisario.

–Ya no soy comisario, Piras.

–Aunque la mona se vista de seda... –dijo el joven agente estremeciéndose de frío mientras entraba en la casa.

Había pasado un año y medio desde el tiroteo que le había destrozado las piernas y ya caminaba casi con normalidad. Esa noche parecía extraño, daba la impresión de que ardía en deseos de saber algo y no lograba contenerse. Torció la nariz al percibir el olor a tabaco, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

–¿Frío? –preguntó Bordelli.

–Esto es Siberia, en la ciudad se está un poco mejor.

–Acomódate... ¿Te apetecen unos macarrones con salsa de tomate?

–Cualquier cosa estará bien –contestó el sardo sentándose junto a la chimenea.

Abrió las manos y las acercó a la llama. Sabía que el comisario no quería que lo ayudasen a cocinar. Desde que se había mudado había hablado por teléfono con Bordelli en un par de ocasiones y había ido un par de veces a cenar con él. En todas ellas se había preguntado cómo podía aislarse de esa forma un ser humano. Él había nacido y crecido en el campo y en ese momento no habría podido privarse del caos de la ciudad.

–¿Te apetece un vaso de vino? –preguntó Bordelli mientras abría la lata de tomates pelados.

El sardo asintió con la cabeza. Bordelli llenó dos vasos y llevó uno a Piras. Era un vino de color rojo sangre que compraba en garrafas a un campesino de los alrededores. Lo embotellaba él mismo y, al final, añadía un poco de aceite para protegerlo del aire.

Callaron. El ruido del fuego era relajante, Bordelli frió en aceite una cebolla cortada a rodajas finas y dejó que cociese durante un rato, luego echó encima el tomate.

–¿Cómo ha ido el día en la comisaría?, ¿agradable?

–Ningún asesinato.

–Algo es algo...

–¿Y usted, comisario?

–Ya no soy comisario...

–Y qué más da, no nos oye nadie –dijo el sardo.

Bordelli echó la pasta al agua y, después de revolverla durante medio minuto, cogió su vaso y se sentó junto a la chimenea, enfrente de Piras. Esperaba que, de un momento a otro, el sardo le hiciese la pregunta que tenía en la punta de lengua. Se preguntaba si se la soltaría a bocajarro o dando un rodeo. A lo lejos un perro ladraba desesperado y, de cuando en cuando, se oía el canto de un búho que debía de haberse posado en el tejado.

–¿Y tu hermosa siciliana? –preguntó Bordelli al cabo de un prolongado silencio.

–Todo bien.

–¿Por qué no vienes una noche con ella?

–Está preparando la tesis. Estudia todo el día y por la noche se acuesta con las gallinas –explicó Piras con una sonrisa de resignación.

–Esa chica sabe lo que quiere.

–No me la imagino trabajando como abogada.

–La gente se pegará para que los defienda –dijo Bordelli.

Se callaron de nuevo. El sardo miraba fijamente el fuego y, de vez en cuando, bebía un sorbo. Su cara eternamente seria, simi-

lar a un antiguo nuraga\*, podía engañar a quien no lo conocía. Daba la impresión de ser un joven melancólico y triste, pero no era así. A su manera, era dueño de un ánimo ligero y, cuando quería, sabía bromear y seguir el juego. Sólo que desde fuera no se veía.

Bordelli apuró el vaso y se levantó para arrojar otro tronco de madera al fuego. Probó además la pasta, todavía faltaban dos o tres minutos. Puso la mesa con todas las de la ley: mantel blanco, platos llanos y hondos, copas de cristal, los cubiertos de su abuela, servilletas limpias, la garrafa de vino, el agua, el pan, el aceite y el vinagre, la sal y la pimienta, el parmesano y el rallador... todo en perfecto orden. También ésta era una nueva y encantadora costumbre, que no estaba en función de la compañía. Cuando vivía en San Frediano las raras ocasiones en que cenaba en casa se sentaba en el sofá con el plato sobre las rodillas. Jamás volvería a cometer errores de ese tipo. Su amiga y madrecita Rosa se lo decía siempre... «Comer es como hacer el amor, hay que esmerarse.» Y si quien lo decía era una desprevenida prostituta jubilada debía creerla.

Escurió la pasta, la sirvió en los platos hondos y echó por encima el tomate hirviendo. Se sentaron a la mesa con una sensación agradable de hambre. Echaron un chorrito de aceite y parmesano en abundancia. Añadieron también una guindilla triturada. Al primer bocado Piras arqueó levemente las cejas en señal de aprobación. Bordelli volvió a escanciar el vino.

—¿Cómo están tus padres?

—Todo bien.

—¿Qué hace tu padre?

—Hablé con él ayer, me dio recuerdos para usted.

—Uno de estos días lo llamaré por teléfono —dijo Bordelli.

Gavino, el padre del muchacho, y él habían sido compañeros de guerra, en el batallón San Marco. Gavino había regresado al

\* Principal tipo de edificio megalítico de Cerdeña, que con el tiempo se ha convertido en símbolo de la isla y de su cultura diferenciada (*nota del traductor*).

pueblo con un brazo menos y había reemprendido sus labores de campesino.

–Me dijo que tal vez venga al continente a verme en primavera –dijo Piras.

–Estupendo, así conoceré por fin a tu madre.

–No la verá, se lo aseguro.

–¿Por qué no?

–Jamás ha salido de Bonacardo, el mero hecho de pensarlo la asusta.

–Intenta convencerla...

–Es terca como una mula.

–¿Los sardos sois todos así?

–Cada uno es como es –lo atajó Piras.

–En cualquier caso, si Gavino quiere quedarse en mi casa puede hacerlo, me sobra espacio.

–Gracias, se lo diré, pero no creo que venga... Hace años que lo dice...

Se callaron de nuevo. Comían, bebían, se intercambiaban largas miradas. El fuego chisporroteaba en la cocina, amplia y con las paredes agrietadas, los rodeaba el campo sumergido en la noche y poblado de animales que salían a cazar en los bosques bajo una luna indiferente... Mientras tanto Bordelli esperaba la pregunta de Piras, intentando imaginar de qué palabras se valdría para hacerla.

En medio del silencio, poco a poco y sin motivo alguno, emergió de la oscuridad de su memoria un viejo recuerdo... El cadáver de un niño abandonado en la nieve, acribillado de proyectiles y duro como el mármol, con los ojos desmesuradamente abiertos y clavados en el cielo. Por toda culpa el hecho de ser italiano, un traidor italiano, un pequeño y maldito traidor en un país invadido por los nazis. Veía de nuevo el momento en que lo habían enterrado rompiendo la tierra congelada a golpes de pico, maldiciendo y sudando como cerdos, sufriendo el frío del campo. Mientras lo cubrían de terrones duros como piedras él había pensado: «Si un día me topo con el hombre que ha disparado a este niño,

¿qué haré?». Había imaginado que miraría a la cara a ese tipo, a los ojos, y había comprendido, con rabia y miedo, que en su mirada iba a encontrar algo familiar, que lo que tendría delante sería un hombre como él... pero, aun así, lo habría matado, es más, lo habría matado por ese motivo, porque era un hombre como él...

–¿De verdad le gusta vivir aquí, comisario?

La voz de Piras se deslizó por la mesa como un copo de algodón que rompía la tregua del silencio. No obstante, la pregunta que Bordelli estaba esperando no era ésa.

–Ya no soy comisario...

–¿No se siente un poco aislado?

–No creo que ésa sea la palabra justa.

–¿Qué hace durante el día?

–Un montón de cosas interesantes... Paseo por el bosque, leo, corto leña, hago la compra, enciendo la chimenea, cocino, como, miro la televisión y, dentro de nada, tendré también un huerto que cavar.

–¿No se siente solo? –remachó el sardo.

–Depende de lo que entiendas por soledad.

Era cierto que la soledad y el silencio del campo invitaban a rumiar cualquier cosa y a cultivar la melancolía, pero esa vida le gustaba más de lo que había imaginado. No podía oponerse.

El sardo sirvió vino en los vasos y dio un largo trago.

–¿Ha leído *La Nazione* de esta mañana? –preguntó.

Bordelli esbozó una leve sonrisa. Por fin Piras se había decidido a abordar el tema.

–¿Quieres saber si he leído lo del suicidio del carnicero?

–¿Qué le parece?

–Explícate mejor.

–En su opinión, ¿por qué Panerai se ha quitado la vida?

–No lo sé... Tal vez erró un tiro a un pájaro.

–Hablo en serio. No lo entiendo...

–Mató a un niño, Piras... Creo que no hace falta que te recuerde que nosotros dos somos los únicos que lo sabíamos.

–¿Remordimientos?

–¿Por qué no?

–No me parecía el tipo capaz de pegarse un tiro en la boca.

–Los remordimientos pueden jugar malas pasadas, Piras. Anidan bajo las cenizas y, cuando menos se lo espera uno...

–¿Incluso en el caso de un bisonte como Panerai?

–Por lo visto...

–¿Y si, en cambio, lo hubiesen matado? –preguntó el sardo mirándolo de hito en hito.

–No creo, pero, aun en el caso de que fuese así, te confieso que no perdería ni un minuto buscando a su asesino –dijo Bordelli pelando una manzana.

El sardo no dejaba de darle vueltas al asunto mientras echaba a Bordelli largas miradas inquisitivas.

–He llegado incluso a pensar que usted... No pondría las manos en el fuego... Pero, apenas lo supe, lo primero que me vino a la mente... Dada la situación no me parecería extraño...

–¿Crees que he sido yo? –se adelantó Bordelli.

El sardo no contestó, esperó la respuesta estrechando el vaso con las manos. El excomisario lo dejó en ascuas durante unos segundos y a continuación sacudió la cabeza.

–No fui yo, Piras, aunque reconozco que no lamento lo sucedido... ¿Quieres una manzana?

–No, gracias.

–Un cabrón menos es siempre un cabrón menos, Piras...

–Por supuesto... No obstante... Como le iba diciendo...

–Habla claro... ¿Tienes alguna sospecha? ¿Has estado en ese sitio? ¿Has visto algo que no encaja? –preguntó Bordelli masti-cando la manzana.

–Fui al bosque con el inspector Silvis, pero no noté nada extraño. A primera vista parece un auténtico suicidio.

–En ese caso, ¿qué es lo que te preocupa?

–El hecho es que... Hasta usted lo ha dicho... Sé que Panerai era una bestia, los demás no...

–Correcto, Piras, correcto. ¿Te apetece un poco de grapa? –preguntó Bordelli levantándose de la silla.

–Cuatro asesinos, dos suicidios... –balbuceó el sardo. Bordelli llevó a la mesa una botella de grapa y dos vasitos, y se sentó de nuevo.

–No quisiera pasar el resto de la velada hablando de este asunto, Piras...

Sirvió la grapa y empujó un vasito hacia el joven. Piras bebió un sorbo y tuvo que contener un acceso de tos. Cuando vio que Bordelli se encendía un cigarrillo se puso en pie y fue a sentarse junto al fuego. No soportaba el olor a tabaco, y consideraba el vicio de fumar uno de los más estúpidos.

–De acuerdo, zanjemos el tema –dijo exhalando un suspiro y mirando fijamente las llamas.

Bordelli dio unas cuantas caladas y, para hacer un favor al sardo, apagó el cigarrillo casi entero. A continuación se sentó delante de él, en el consabido banco de ladrillo.

–¿Cuando eras un niño te gustaban los cuentos, Piras?

–Sí...

–¿Por qué? ¿Te acuerdas?

–Bueno, pues porque al final el malo recibía su merecido castigo y el bien salía triunfador.

–¿Y te parece justo que los niños aprendan a creer en algo que en la vida sucede raramente?

–No lo sé...

–Yo, en cambio, creo que sí... Sin embargo es bueno no rendirse jamás...

–¿Está tratando de decirme algo?

–No me hagas caso, Piras. A los viejos les da por representar el papel del abuelo sabio, sobre todo cuando están delante de una chimenea encendida...